

pas á emboscarse á dos millas de Roma, en el camino de Gabias, y ordena á Sp. Laricio que se sitúe en la puerta Colina con la más ágil que había en la juventud y permanezca hasta que el enemigo haya pasado, adelante, se interponga en seguida entre él y el río para cortarle la retirada. El otro cónsul, T. Lucrecio, sale por la puerta Nevía con algunos manípulos de legionarios, mientras que el mismo Valerio descende del monte Celio con cohortes escogidas. Este fué el primer cuerpo que se presentó al enemigo. En cuanto oyó Herminio el ruido del combate, salió de su emboscada, cogió por retaguardia á los etruscos que resistían á Valerio é hizo gran matanza. Al mismo tiempo por la derecha y por la izquierda del lado de la puerta Colina y del de la puerta Nevía, contestan á sus gritos. Envueltos de esta manera los merodeadores, que no eran iguales en número, y á quienes se cierran todos los caminos de retirada, fueron destrozados por los romanos. Este combate puso fin á las excursiones de los etruscos.

Pero el bloqueo continuaba y la carestía del trigo aumentaba la escasez. Lisonjeábase Porsena de apoderarse de la ciudad sin abandonar sus posiciones, cuando C. Mucio, joven patricio, indignado al ver que el pueblo romano cuando era esclavo de sus reyes jamás había sido encerrado por el enemigo en ninguna guerra, y que ahora que era libre se encontraba bloqueado por aquellos mismos etruscos á quienes tantas veces había derrotado, trató de vengar, por medio de un hecho grande y audaz, la vergüenza de sus conciudadanos. Al principio quiso, de propio intento, penetrar en el campamento del enemigo; pero temiendo que si salía sin permiso de los cónsules y sin que nadie tuviese noticia, ser detenido por los centinelas romanos y llevado á la ciudad como desertor, acusación que haría verosímil

la situación de Roma, presentóse al Senado y dijo: «Padres conscriptos, quiero atravesar el Tiber y entrar, si puedo, en el campamento enemigo, no para recoger botín y vengar sus rapiñas; tengo, si los dioses me ayudan, propósito más noble.» Autorizado por el Senado, oculta un puñal bajo sus ropas y parte. En cuanto llegó, mezclóse con lo más apretado de la multitud que rodeaba el tribunal de Porsena. Encontrábase distribuyendo el sueldo á las tropas; un secretario estaba sentado junto al rey, vestido casi de la misma manera, y como despachaba muchos asuntos, como á él se dirigían los soldados, temiendo Mucio que si preguntaba cuál de los dos era Porsena, le descubriese su ignorancia, abandonóse á la fortuna y mató al secretario en vez de matar al rey. Retirábase en medio de la espantada multitud, abriéndose paso con su ensangrentado puñal; cuando al grito que se alzó acudieron los guardias del rey, le cogieron y llevaron delante del tribunal. Allí sin defensa y en medio de las amenazas más terribles del destino, lejos de intimidarse, antes era objeto de terror: «Soy ciudadano romano, dijo; llámanme C. Mucio. Enemigo, he querido matar á un enemigo, y no estoy menos dispuesto á recibir la muerte que estaba dispuesto á darla. Propio del romano es obrar y sufrir con valor, y no soy el único á quien animan tales sentimientos: después de mí, otros muchos aspiran á este honor. Prepárate, pues, si crees que debes hacerlo, á combatir por tu vida en todas las horas del día, porque encontrarás un puñal y un enemigo hasta en el vestíbulo de tu palacio. Esta guerra te la declaramos nosotros, la juventud romana. No has de tener combate, ni batalla. Todo pasará entre tu persona y cada uno de nosotros.» Inflamado entonces el rey por la cólera y el espanto en vista del peligro que corre, manda que rodeen de llamas á Mucio y le amenaza con hacerle pere-

cer en ellas si no revela pronto la misteriosa trama con que procura amedrentarle: «Mira, le contesta Mucio, muy poca cosa es el cuerpo para los que solamente aspiran á la gloria.» Y al mismo tiempo colocó la mano sobre un brasero encendido para los sacrificios y la dejó arder como si fuese insensible al dolor. Asombrado de aquel prodigio de energía, el rey levantóse del trono, y, mandando que separen á Mucio del altar: «Parte, le dice, tú que no temes mostrarte más enemigo tuyo que mí. Aplaudiré tu valor si estuviese destinado á servir á mi patria. Marcha; no usaré los derechos que me concede la guerra: te dejo libre; desde ahora eres inviolable.» Entonces Mucio, como en agradecimiento de tanta generosidad, dice: «Puesto que sabes honrar el valor, conseguirás de mí por tus beneficios lo que no has podido obtener por amenazas. Trescientos entre la juventud más escogida de Roma hemos jurado tu muerte. La suerte me ha designado el primero; los otros vendrán á su vez, y sucesivamente les vendrás á todos, hasta que uno de ellos encuentre ocasión favorable.»

Despedido Mucio, á quien la pérdida de la mano derecha hizo dar en adelante el nombre de Scévola, Porsena mandó legados á Roma. El peligro que acababa de correr, y del que solamente le había librado la equivocación de su matador, y más aún, el combate que tendría que sostener mientras existiese uno solo de los juramentados, de tal manera le impresionaron, que hizo espontáneamente proposiciones de paz á los romanos. En vano procuró poner entre las condiciones el restablecimiento de la familia real, y si lo hizo, antes fué porque no podía negar este paso á los Tarquinos, que por convencimiento de que no se lo negarían. Accedióse á la restitución del territorio de Veyas, y los romanos se vieron obligados á entregar rehenes para conseguir la eva-

ción del Janículo. Ajustada la paz con estas condiciones, Porsena retiró sus tropas de aquel punto y salió del territorio romano. El Senado, para recompensar el heroísmo de C. Mucio le dió al otro lado del Tiber terrenos que después llevaron su nombre, Prados Mucioses (1). Esta honra concedida al valor, excitó á las mujeres á merecer también distinciones públicas. Como el campamento de los etruscos no estaba muy lejos de las orillas del Tiber, Clelia, una de las jóvenes romanas entregadas en rehenes, burló la vigilancia, y poniéndose al frente de sus compañeras, atravesó el río en medio de los dardos enemigos y sin que ninguna fuese herida; llevólas á Roma y las entregó á sus familias. Indignado el rey á la noticia de aquella evasión, mandó emisarios á Roma para reclamar á Clelia, sin mostrar mucho interés por las demás; mas pasando muy pronto de la cólera á la admiración, y estimando aquel rasgo de audacia más aún que las hazañas de Cocles y de Mucio, declara que si no se la devuelven, considerará roto el tratado; pero que si le entregan la joven, la restituirá á sus conciudadanos sin sujetarla á ningún mal tratamiento. Por ambas partes se cumplió lo prometido; los romanos, en conformidad con el tratado, devolvieron á Porsena los rehenes de la paz, y por su parte el rey de los etruscos quiso que no solamente estuviese segura á su lado la virtud, sino que fuese honrada, y después de elogiar á Clelia, la regaló una parte de los rehenes, dejándola la elección. Cuando los llevaron todos á su presencia, dícese que eligió las más jóvenes, creyendo por respeto al pudor, y en cuanto á esto obtuyo pleno consentimiento de las mismas doncellas, deber sustraer ante todo al enemigo aquellas

(1) Según otra tradición que refiere Dionisio de Halicarnaso, le dieron al otro lado del Tiber igual espacio de terreno que á Horacio Cocles.

que, por su edad, estaban más expuestas á los ultrajes. Restablecida la paz, los romanos recompensaron con un premio excepcional aquel extraordinario valor en una mujer, dedicándola una estatua ecuestre y colocándola en lo alto de la vía Sacra la imagen de la doncella á caballo.

No es fácil conciliar con la tranquila retirada del rey de los etruscos la antigua costumbre que se conserva en nuestros días y que consiste en proclamar la venta de los bienes del rey Porsena, siempre que se venden bienes en subasta. Necesario es que esta costumbre se estableciese en tiempo de la guerra y que se perpetuara durante la paz, ó que tuviese origen más tranquilo del que parece indicar esta fórmula de venta tan hostil. La conjetura más verosímil que llega á nosotros es que Porsena, cuando abandonó el Janículo, tenía el campamento abundantemente abastecido de víveres, traídos de las fértiles campiñas de la Etruria, poco distantes de Roma, y que donó aquellas provisiones á los romanos, á quienes la duración del bloqueo había reducido á la escasez; que á fin de que el pueblo no saquease aquellas provisiones si se le abandonaban, fueron vendidas y llamadas bienes del rey Porsena, y que esta fórmula antes significaba gratitud por un beneficio que acto de autoridad ejercida sobre propiedades reales que no estaban en poder del pueblo romano. Renunciando á la guerra con Roma, para no mostrar Porsena que había llevado inútilmente su ejército á aquellos parajes, envió á su hijo Aruncio con una parte de sus tropas á sitiar á Aricia. Consternados quedaron al pronto los habitantes de esta ciudad ante tan inesperado ataque; pero los socorros que obtuvieron de los pueblos latinos y de Cumas les infundieron tal confianza que se atrevieron á librar batalla. En cuanto comenzó el combate se precipitaron los etruscos con tal impetu que bastó el choque

para dispersar á los aricinos. Las cohortes de Cumas, oponiendo la habilidad á la fuerza, hicieron un movimiento oblicuo, y en seguida, cambiando de frente con rapidez, cayeron sobre la retaguardia del enemigo, que arrastrado por el ardor de la persecución se encontraba en desorden. Gracias á esta maniobra, los etruscos, en el momento de la victoria, quedaron envueltos y deshechos. Los pocos que escaparon, habiendo perdido á su jefe y no viendo refugio más próximo, se retiraron sin armas á Roma, donde se presentaron como suplicantes. Recibiéronles con benevolencia y cada cual se apresuró á darles hospitalidad. Curadas sus heridas, unos regresaron á su patria, donde elogiaron la hospitalidad y beneficios que habían recibido, y otros, ligados por el agradecimiento que sentían por la ciudad y sus habitantes, quedaron en Roma, donde les designaron para morada el terreno que después se llamó barrio de los Etruscos.

Fueron nombrados cónsules después P. Lucrecio y P. Valerio Públicola (1), y durante este año vinieron por última vez á Roma embajadores de Porsena á pedir el restablecimiento de los Tarquinos. Contestáronles que el Senado enviaría legados al rey, y en el acto hicieron marchar á los senadores más distinguidos con orden de decirle: «Que podían haber declarado terminantemente que se negaban á la admisión de reyes; pero que si habían preferido enviarle á los más principales del Senado, más bien que dar en la misma Roma respuesta á los embajadores, era para que en adelante no se volviese á mencionar aquel asunto, que encontrándose en tan buenas relaciones, era ocasionado á excitar los ánimos por una y otra parte; que la pe-

(1) Según los fastos consulares, citados por Dionisio de Halicarnaso, fueron cónsules aquel año M. Horacio Pulvilo, por segunda vez, y P. Valerio Públicola.

tición del rey era contraria á la libertad del pueblo romano, y que los romanos, á menos de consentir ciega- mente en su pérdida, tenían que contestar con una ne- gativa á quien no quisieran negar nada; que el pueblo romano no era ya un reino, sino un estado libre, y que estaba decidido á abrir sus puertas antes á sus enemi- gos que á sus reyes; que tal era la voluntad de todos, y que el último día de la libertad sería el de Roma. Así, pues, le rogaban que si quería que existiese Roma, so- portase que fuese libre.» Avergonzado el rey de su pe- tición, contestó: «Puesto que esa resolución es irrevocable, no os molestaré más, pero tampoco engañaré á los Tarquinos con la esperanza de socorro, que no pue- den conseguir de mí. Si piensan en la guerra ó en el re- poso, habrán de buscar otro lugar de destierro, porque nada debe turbar la paz que he ajustado con vosotros.» Su conducta, más aún que sus palabras, probó sus amistosas intenciones: devolvió los rehenes que le que- daban y restituyó el territorio de los veyos, que el tra- tado del Janículo había arrebatado á los romanos. Viendo Tarquino perdida toda esperanza de regresar, se desterró á Túsculum, al lado de su yerno Mamilio Oc- tavio. La paz de los romanos con Porsena fué duradera. Los cónsules siguientes fueron M. Valerio y P. Postu- mio (1). Este año se combatió victoriosamente con los sabinos, y los cónsules obtuvieron los honores del triunfo. Preparáronse con mucho ardor los sabinos para comenzar de nuevo la guerra; y para hacerles frente y prevenir cualquier ataque repentino del lado de Túscu- lum, que sin haber declarado la guerra era sospechoso de disposiciones hostiles, fueron nombrados cónsules P. Valerio por cuarta vez y T. Lucrecio por segunda.

(1) Aquí omite Tito Livio los cónsules del año de Roma 248, que fueron Sp. Larcio y T. Herminio.

Disensiones que estallaron entre los sabinos, entre los partidarios de la guerra y de la paz, aumentaron la fuerza de los romanos. Atto Claudio, que después se llama- mó en Roma Appio Claudio (1), jefe del partido de la paz, viéndose estrechado por los que excitaban á la guerra, y no pudiendo resistirles, huyó á Regila, se- guido por considerable número de clientes, y vino á re- fugiarse en Roma, donde le concedieron el derecho de ciudadanía y terrenos al otro lado del Anio. Allí forma- ron la tribu que se llamó la antigua Claudia, á la que incorporaron todos los nuevos ciudadanos venidos del mismo lugar. Appio fué admitido en el Senado, y no tardó en hacerse notable. Los cónsules invadieron á la cabeza de los ejércitos el territorio sabino, que devas- taron, y después de hacer experimentar al enemigo tan terrible derrota que en mucho tiempo no hubo que temer que aquel pueblo empuñase las armas, entraron triunfantes en Roma. P. Valerio, á quien todos recono- cían como el primero en guerra y en paz, murió al año siguiente, bajo el consulado de Agripa Menenio y P. Portuncio, cubierto de gloria, pero dejando tan escaso caudal que no pudo cubrir los gastos de los fu- nerales. Celebráronse éstos á expensas del erario, y las señoras romanas llevaron luto por él como por Bruto. Aquel mismo año se reunieron á los aruncos dos colo- nias latinas, Pomecia y Cora, y esto dió lugar á una guerra con el pueblo. Numeroso ejército que vino valientemente á la frontera á oponerse á los cónsules, fué derrotado, y lo recio de la guerra se reconcentró en Po- mecia. No fué menor la matanza después del combate que en el combate mismo; el número de muertos su- peró al de prisioneros, y en diferentes puntos fueron in-

(1) El emperador Claudio pretendía descender de este Atto Claudio, y Virgilio hace remontar el origen de esta poderosa familia al tiempo de la llegada de Eneas á Italia.

molados los mismos prisioneros. El vencedor, en su cólera, no perdonó ni á los rehenes, que se elevaban á trescientos, y aquel año se celebró otro triunfo en Roma. Al siguiente fueron nombrados cónsules Opiter Virginio y Sp. Cassio. Estos intentaron tomar por asalto á Pomecia y después recurrieron á manteletes y otros trabajos. Impulsados los aruncos por odio implacable antes que por la esperanza ó por la ocasión, se lanzaron sobre los trabajadores, armados con antorchas más bien que con espadas, y lo llevaron todo á sangre y fuego. Incendiaron los manteletes, hirieron y mataron considerable número de enemigos, y poco faltó para que muriese también uno de los cónsules (los historiadores no dicen cuál de ellos), que, gravemente herido, cayó del caballo. Después de aquel contratiempo el ejército volvió á Roma, dejando en el campo muchos heridos, entre ellos el cónsul, á quien no se confiaba salvar. Después de corto espacio de tiempo, que bastó para curar los heridos y reclutar gente, volvióse con más ardor y más fuerzas á poner sitio á Pomecia. Preparados los manteletes y demás trabajos, iban ya á dar el asalto, cuando se rindió la ciudad. A pesar de la capitulación, no se la trató con menos rigor que si hubiese sido entrada por la fuerza; los aruncos principales fueron decapitados, y los demás habitantes vinieron coronados (1), y fueron vendidos en subasta, lo mismo que el territorio y la ciudad arrasada. Los cónsules debieron los honores del triunfo más al rigor de la venganza que acababan de realizar que á la importancia de la guerra que habían terminado.

(1) Dicen algunos que esta locución proviene de que los prisioneros de guerra, al ser vendidos, llevaban una corona en la cabeza; otros creen que procede del hecho de rodearles como una corona los soldados que les custodiaban. Aulo Gelio solamente considera la primera explicación como admisible.

Fueron cónsules en el siguiente año Postumio Cominio y T. Larcio. Aquel mismo año, durante la celebración de los juegos, algunos jóvenes sabinos, movidos por la lascivia, arrebataron algunas cortesanas, dando lugar á un tumulto, al que siguió una riña que estuvo á punto de provocar un combate. Temíase que aquel frívolo incidente produjese otra insurrección de los sabinos; y no sólo podía temerse una guerra con los latinos; treinta pueblos, excitados por Octavio Mamilio, se habían coligado contra Roma; de esto no podía dudarse. En la inquietud que causaba la expectación de tan graves acontecimientos, hablóse por primera vez de crear una dictadura: pero en qué año y á qué cónsules se dió esta prueba de desconfianza, porque según la tradición pertenecían al partido de los Tarquinos; cuál fué el primer romano nombrado dictador, no está bien averiguado. Encuentro, sin embargo, en los historiadores más antiguos que T. Larcio fué el primero que ejerció la dictadura, y que Sp. Cassio fué nombrado jefe de los caballeros. Los consulares hicieron la elección, en conformidad con lo que disponía la ley relativa á la creación de dictador; esto me inclina á creer que el consular Larcio fué preferido á Manio Valerio, hijo de Marco y nieto de Voleso, que no había sido cónsul todavía, puesto que se trataba de dar á los cónsules un jefe que pudiese dirigirlos. Si se hubiesen propuesto elegir un dictador en la familia Valeria, habrían nombrado con preferencia á su hijo M. Valerio, varón consular y de reconocido mérito. Después de la elección del primer dictador, cuando vieron en Roma llevar las hachas delante de él, apoderóse del pueblo profundo terror y le dispuso más á la obediencia. No se podía ya con los cónsules, cuyo poder era igual, buscar recurso en el uno contra el otro ó apelar al pueblo; ahora no quedaba otro medio que pronta obediencia. También

temblaron los sabinos al enterarse de la creación de un dictador en Roma, tanto más, cuanto que creían dirigida contra ellos aquella medida; por lo cual mandaron legados para pedir la paz. Los legados rogaron al dictador y al Senado que perdonasen á jóvenes un instante de aturdimiento, y les contestaron que podía perdonarse á jóvenes, pero no á viejos que sin cesar hacían nacer la guerra de la guerra. Tratóse, sin embargo, de la paz, y los sabinos la hubiesen obtenido, á consentir, como les pedían, en pagar los gastos de los preparativos. Declararon, pues, la guerra; pero tácita tregua mantuvo la tranquilidad durante aquel año.

Los cónsules Servio Sulpicio y Manio Tulio no ofrecen nada digno de memoria (1). Los siguientes, T. Ebucio y C. Vetusio se distinguieron por el sitio de Fidénas, la toma de Crustumeria y la defección de Prenesto, que abandonó á los latinos por Roma. La guerra contra el Lacio, que estaba latente desde hacía algunos años, no se aplazó ya por mucho tiempo. A. Postumio, dictador, y T. Ebucio, jefe de los caballeros, partieron al frente de numerosos peones y jinetes, encontrando al enemigo cerca del lago Regilo, en territorio tusculano. Cuando supieron los romanos que los Tarquinos se encontraban en el ejército latino, fué tan violenta su cólera, que trabaron el combate en el acto. Así, pues, aquella batalla fué la más importante y la más encarnizada que habían librado hasta entonces. Los generales mismos, no contentos con dirigir los movi-

(1) A este año refiere Dionisio de Halicarnaso el senatus-consulto disponiendo que todas las mujeres latinas casadas con romanos, y todas las romanas casadas con latinos, quedaban libres para permanecer con sus esposos ó regresar á su patria. Añade este escritor que todas las romanas volvieron á Roma, y que las latinas, exceptuando dos, prefirieron sus esposos á su patria.

mientos, se atacaron y combatieron cuerpo á cuerpo, y si se exceptúa al dictador romano, no quedó casi ningún jefe, en uno y otro ejército, que resultase ileso. Postumio estaba en el frente de la primera línea ocupado en ordenar sus tropas y arengarlas, cuando Tarquino el Soberbio, olvidando su edad y flaqueza, arrebatado por el odio, lanzó su caballo contra él; herido en un costado, el anciano rey quedó rodeado en seguida por los suyos, que le pusieron en seguridad. En la otra ala, Ebucio, jefe de la caballería, iba á precipitarse sobre Octavio Mamilio, cuando viéndole venir el jefe tusculano, lanzó su caballo contra él. Crúzanse sus lanzas, encuéntranse, y tan violento fué el choque, que Ebucio queda con un brazo atravesado y Mamilio herido en el pecho. Los latinos le llevan en seguida á su segunda línea, y Ebucio, que con el brazo herido no podía manejar las armas, se retira del campo de batalla. Sin atender á su herida, el general latino reanima el combate, y, viendo aterrados á sus soldados, hace avanzar la cohorte de los desterrados romanos, mandada por el hijo de L. Tarquino. Irritados éstos por la pérdida de sus bienes y de su patria, muestran más valor y restablecen algo el combate.

Comenzaban á retroceder los romanos en aquel punto, cuando M. Valerio, hermano de Publicola, ve al joven Tarquino ostentándose orgullosamente á la cabeza de los tráfugas. Exaltado por la gloria de su casa, y queriendo que la misma familia que había tenido el honor de expulsar á los reyes tuviese también el de matarles, clava los acicates al caballo y cae, empuñada la lanza sobre Tarquino. Para esquivarse éste del furor de su enemigo se refugia en las filas de los suyos; y arrastrado Valerio por su inmoderado furor, va á chocar con el frente de los desterrados y recibe en el costado un golpe que le atraviesa de parte á parte. No retie-

ne la herida el ardor del caballo, pero el jinete expirante cae y sus armas sobre él. Viendo el dictador Postumio herido mortalmente á tan valeroso guerrero, avanzar á la carrera los desterrados mostrando arrogancia, y comenzar á ceder los suyos, dominados por el miedo, manda á su cohorte (1), gente escogida, que conservaba á su lado para su defensa, que traten como á enemigo á todo romano que vean huir. Colocados entre dos temores, los romanos no piensan ya en la huida y rehacen las filas. La cohorte del dictador entra entonces de refresco en el combate, y este cuerpo, cuyas fuerzas y valor están intactos, destroza á los desterrados rendidos de fatiga. Entonces se traba nuevo combate entre los jefes. Viendo el general latino casi envuelta la cohorte de los desterrados por el dictador, saca de la reserva algunos manipulos, que lleva rápidamente hacia la primera línea. El legado T. Herminio ve aquella tropa que avanza en buen orden, y reconociendo en medio de ella á Mamilio, por sus ropas y sus armas, le ataca con más furor que lo hizo antes el jefe de la caballería, y al primer golpe le atraviesa de parte á parte y le derriba muerto. Pero él mismo, mientras despoja al cuerpo de su enemigo, es herido por una flecha y expira cuando empiezan á curarle. En seguida corre el dictador á su caballería, la exhorta ahora que la infantería esta fatigada, para que desmonte y reanime el combate. Obedecen, apéanse y corren al frente del ejército, y formando la primera fila oponen al enemigo sus escudos. En el acto recobran valor los peones cuando ven á aquella juventud escogida ponerse á su nivel y tomar parte en el peligro. Entonces se consigue al fin quebrantar al ejército latino, que comienza á ceder.

(1) Trátase de la cohorte pretoriana, cuya organización, según Lipsio, hablando con propiedad, no data sino del tiempo de Scipión el Numantino.

Traen á los jinetes sus caballos para poder perseguir al enemigo, y la infantería marcha detrás. No olvidando en aquellas circunstancias el dictador ningún recurso de los que podían ofrecerle los dioses y los hombres, ofrece, según se dice, un templo á Cástor y pregona premios para el primero y el segundo soldados que entrasen en el campamento de los latinos. Y el ardimiento fué tal, que con el mismo ímpetu que dispersaron al enemigo, los romanos entraron en el campamento. Tal fué la batalla del lago Regilo. El dictador y el jefe de la caballería entraron en triunfo en Roma.

En el trienio siguiente no hubo verdadera paz ni verdadera guerra. Fueron cónsules L. Clelio y T. Larcio; después A. Sempronio y M. Minucio, bajo los cuales tuvo lugar la dedicación del templo de Saturno y la institución de la fiesta de las Saturnales. Sucedieron á estos A. Postumio y T. Virginio. En algunos historiadores encuentro que en este año tuvo lugar la batalla del lago Regilo; que A. Postumio, desconfiando de su colega, abdicó el consulado y fué nombrado dictador. La diversidad de tradiciones en cuanto á la sucesión de los magistrados expone á tantos errores cronológicos, que no es posible, tan distantes de los acontecimientos y de los escritores, determinar con exactitud los consulados y los sucesos de cada año. Siguiéron á A. Postumio y á T. Virginio Ap. Claudio y P. Servilio. El acontecimiento más notable de este año fué la muerte de Tarquino, ocurrida en Cumas, donde después de la derrota de los latinos se había retirado junto al tirano Aristodemo. Esta noticia produjo inmensa alegría al Senado y al pueblo, pero entre los patricios no tuvo límites; y el pueblo, al que hasta entonces habían tratado con exquisitos miramientos, se vió desde entonces objeto de la opresión de los grandes. Aquel año mismo llevaron otra colonia á Signia, que completó la que es-

tableció allí el rey Tarquino. Formáronse en Roma veintiuna tribus. En los idus de Marzo se dedicó el templo de Mercurio.

Ni en paz ni en guerra se había estado con los volscos durante la guerra con los latinos; pero los volscos habían levantado tropas que iban á enviar á los latinos, si no se les hubiese adelantado el dictador romano para no tener que luchar á la vez con los latinos y con los volscos. Los cónsules, para castigarlos, llevaron las legiones á su territorio, y los volscos que no esperaban ser castigados por su proyecto, quedaron aterrados ante aquella repentina amenaza, y sin tomar las armas, entregaron como rehenes trescientos hijos de las familias más distinguidas de Cora y de Pomecia. Las legiones regresaron sin haber combatido. Poco tiempo después, libres los volscos de este temor, volvieron á su carácter; preparáronse secretamente á la guerra y asociaron los hérnicos á su proyecto. Por todas partes enviaron legados para sublevar el Lacio; pero la reciente derrota que habían experimentado los latinos cerca del lago Regilo les inspiró tanta cólera y odio contra todos los que les sollicitasen para la guerra, que ni siquiera respetaron el carácter de los legados. Prendiéronles y los llevaron á Roma, entregándolos á los cónsules y anunciando que los volscos y los hérnicos se preparaban á hacer la guerra á los romanos. Sometióse el asunto al Senado, que tan satisfecho quedó de esta conducta que devolvió á los latinos seis mil prisioneros, y volviendo al proyecto de alianza, que parecía abandonado para siempre, remitió la resolución á los próximos cónsules. Entonces pudieron regocijarse los latinos de su conducta, siendo muy honrados entre ellos los partidarios de la paz. Enviaron una corona de oro á Júpiter Capitolino, y los legados encargados de presentar aquella ofrenda fueron acompañados por la multitud de prisioneros devueltos á sus familias. A su llegada visitaron las casas donde habían sido esclavos, dando gracias á sus antiguos amos por los buenos tratamientos y cuidados de que fueron objeto durante su infortunio y uniéndose á ellos con los lazos de la hospitalidad. Hasta entonces nunca había existido unión más estrecha de particulares y de Estados entre el nombre latino y el imperio romano.

neros devueltos á sus familias. A su llegada visitaron las casas donde habían sido esclavos, dando gracias á sus antiguos amos por los buenos tratamientos y cuidados de que fueron objeto durante su infortunio y uniéndose á ellos con los lazos de la hospitalidad. Hasta entonces nunca había existido unión más estrecha de particulares y de Estados entre el nombre latino y el imperio romano.

Pero era inminente la guerra con los volscos, y la república se encontraba presa de la discordia, por efecto de odios intestinos que se habían desarrollado entre los patricios y el pueblo, especialmente con ocasión de los presos por deudas. Indignados decían: «Combatimos en el exterior por la libertad y por el imperio, y aquí dentro solamente encontramos cautiverio y opresión; menos peligra la libertad del pueblo romano durante la guerra que durante la paz en medio de los conciudadanos.» Aquel descontento que fermentaba por sí solo, estalló ante la vista de una de las víctimas. Un anciano se precipitó en el Foro, cubierto de señales de malos tratamientos; sus ropas sucias y haraposas eran menos repugnantes que su palidez y la extraordinaria extenuación de su cuerpo; larga barba y desordenados cabellos, daban hoscó aspecto á su rostro. A pesar de lo desfigurado que estaba, reconocieronle; decíase que había sido centurión: todos deploraban su suerte, recordaban sus recompensas militares y él mismo mostraba su pecho lleno de nobles cicatrices que atestiguaban su valor en más de una batalla. Preguntábanle por qué se encontraba en aquel estado y por qué estaba tan desfigurado, y como la multitud que le rodeaba era tan numerosa como una asamblea del pueblo, levantó la voz y dijo que: «mientras servía en la guerra contra los sabinos, el enemigo devastó sus campos, quemó su granja, saqueó sus bienes y robó sus ganados. Obligado



á pagar el impuesto en tal miseria, vióse en la necesidad de tomar prestado; aumentadas sus deudas por la usura, le despojaron primeramente del campo que recibiera de su padre y de su abuelo y después de todo cuanto poseía, y extendiéndose muy pronto como mal que corroe, alcanzaron á su misma persona. Preso por su acreedor, más que amo, había encontrado en él carcelero y verdugo.» Dicho esto, mostró la espalda cubierta de señales de los golpes que acababa de recibir. Al escucharle y al verle alzóse inmenso grito, y no limitándose el tumulto al Foro, se propagó por toda la ciudad. Los presos por deudas en aquel momento y los que ya estaban libres se lanzan por todas partes pidiendo el apoyo de sus conciudadanos. No hay paraje donde no encuentre auxiliares la sedición, y todas las calles se llenan de grupos que marchan gritando al Foro. Los senadores que se encontraron allí corrieron inmenso peligro en medio de aquella multitud, y no les hubiesen perdonado á no intervenir los cónsules P. Servilio y Ap. Claudio para reprimir la sedición. La multitud se volvió en seguida hacia ellos, presentándoles sus cadenas y todo lo que demuestra sus sufrimientos: no es esto, decían, lo que habían merecido después de combatir tanto por la república. Con amenazas más bien que con súplicas piden que los cónsules convoquen inmediatamente el Senado y en seguida rodean la curia para influir y dirigir las deliberaciones. Corto número de senadores, presentes por casualidad, se reúnen alrededor de los cónsules, impidiendo el temor á los otros acudir á la curia y hasta al Foro. Nada puede hacerse, porque el Senado no cuenta con suficiente número. Cree entonces la multitud que se burlan de ella, que quieren aplazar el asunto; pretende que los senadores ausentes no están retenidos por acaso ni por miedo, sino por deseo de entorpecer toda medida, y acusa á los cónsules

de tergiversar, de tomar claramente á juego su miseria. Impotente iba á ser ya la majestad del consulado, para contener la cólera de aquellos desgraciados, cuando ignorando los senadores si con su ausencia se expondrían á mayores peligros, acuden al fin al Senado. La concurrencia era numerosa; pero ni los senadores ni los cónsules estaban de acuerdo. Appio, hombre de carácter violento, quería hacer uso de la autoridad consular: que cojan uno ó dos, decía, y los demás se tranquilizarán en seguida. Servilio, inclinado á emplear medios más suaves, opinaba que era más fácil dulcificar que calmar los irritados ánimos.

En medio de este debate sobrevino nuevo terror, pues llegaron jinetes latinos con noticias amenazadoras: formidable ejército de volscos viene á sitiar á Roma. Esta noticia (de tal manera había el odio dividido en dos la ciudad) afecta de modo muy distinto á los patricios y al pueblo. Este, en la exaltación de su alegría, exclama que los dioses iban á castigar la insolencia de los patricios. Los ciudadanos se exhortaban recíprocamente á no dejarse inscribir: «siendo preferible morir todos juntos que morir solos. Los patricios debían encargarse del servicio militar; ellos debían empuñar las armas; los peligros de la guerra serían entonces para aquellos que recogían todos sus frutos.» Pero el Senado triste y abatido por el doble temor que le inspiraban el pueblo y el enemigo, ruega al cónsul Servilio, cuyo carácter era más popular, que libre á la patria de los terrores que la rodean por todas partes. Entonces el cónsul levanta la sesión y marcha á la asamblea del pueblo: allí dice que el Senado se ocupa atentamente de los intereses del pueblo; pero que la deliberación relativa á aquella gran parte del Estado, que no es más que una parte, ha quedado interrumpida por el peligro que corre la república entera; que es imposible, cuando

el enemigo se encuentra casi á las puertas de Roma, ocuparse de otra cosa que de la guerra. Aunque el peligro fuera menos urgente, no sería ni honroso para el pueblo no empuñar las armas para defender la patria, sin recibir antes la recompensa, ni digno para el Senado que pareciese haber aliviado el infortunio de sus conciudadanos, antes por temor que por buena voluntad, como podría hacerlo después. Y para que la asamblea diese fe á sus palabras, publicó un edicto que prohibía: «Mantener atado ó encerrado á ningún ciudadano romano ó impedirle por este medio hacerse inscribir delante de los cónsules; embargar ó vender los bienes de ningún soldado mientras estuviese en campaña, y en fin, aprisionar á sus hijos ó á sus nietos (1).» En cuanto publicó este edicto, se alistaron todos los detenidos que estaban presentes, y los demás, como sus acreedores no tienen ya derecho sobre ellos, se escapan de las casas donde les guardan y acuden en tropel de todos lados de la ciudad al Foro para prestar el juramento militar. Cuerpo considerable formaron, y este fué el que en la guerra contra los volscos se distinguió más por su valor y actividad. El cónsul marchó en seguida contra el enemigo, estableciendo su campamento muy cerca de él.

Contando los volscos con las disensiones de los romanos, á la noche siguiente se acercaron á su campamento, esperando provocar de aquella manera alguna deserción nocturna ó alguna traición. Observan el movimiento los centinelas y dan la voz de alarma, encontrándose en pie el ejército al instante y dispuesto á la pelea. La tentativa de los volscos fracasó, dedicando

(1) Según las leyes romanas, los padres tenían derecho de vida y muerte sobre sus hijos; pudiendo por tanto venderles ó empeñarles. Los abuelos tenían iguales derechos sobre los nietos; por consiguiente, los acreedores podían retenerles como prenda de su crédito.

por ambas partes al descanso el resto de la noche. Al día siguiente, en cuanto amaneció, ciegan los fosos los volscos y atacan las empalizadas. Ya estaban arrancadas por todos lados, y en vano el ejército entero y especialmente los deudores pedían á gritos la señal del combate. El cónsul demoraba llegar á las manos para asegurarse bien de sus disposiciones. Cuando ya no le quedó duda de su ardor, dió la señal de ataque, y lanza contra el enemigo á sus soldados, ávidos de combatir. En el primer choque quedan rechazados los volscos, emprenden la huida, y la infantería les destroza tan lejos como puede alcanzarles. La caballería les persigue hasta su campamento, donde entran aterrados: las legiones rodean en seguida el campamento, y como el miedo había arrojado ya de allí á los volscos, se apoderaron de él y le saquearon. Al siguiente día llega el ejército delante de Suesa Pomecia, donde se había refugiado el enemigo. En pocos días se apoderan de la ciudad y la saquean, siendo esto un recurso para el soldado necesitado. Cubierto de gloria el cónsul, lleva su ejército á Roma. En el camino recibe legados de los volscos ecetranos, á quienes hacía temblar la toma de Pomecia. Un senatus-consulta les concede la paz, pero despojándoles de sus campos.

Poco después alarmaron los sabinos á Roma, siendo aquello antes tumulto que guerra. Anuncióse una noche en la ciudad que los ejércitos sabinos habían avanzado hasta las orillas del Anio, talándolo todo á su paso, y que allí saqueaba y quemaba las alquerías de las inmediaciones. En el acto se mandó contra ellos con toda la caballería á A. Postumio, que había sido dictador en la guerra con los latinos, siguiéndole en seguida el cónsul Servilio al frente de peones escogidos. Vagando sin orden los enemigos, quedaron rodeados por la caballería, y cuando llegó la infantería no pudo